

# Cuentos Baturros



- Para usted, tío Celipe, no pasan los años. ¡Siempre tan conservado!  
—Eso es alabación. Lo único que conservo son los dientes.  
—¡Pero si se le han caído todos!  
—¡Pacho! Pus por eso los conservo en un cañutico.

---



## CUENTOS BATURROS



Había en Teruel un hombre al que llamaban el tío Sabirondo, porque como leía y escribía regularmente pretendía saberlo todo.

Una vez quiso reírse de él el maestro y mirando al cielo dijo:

—Mucho saben los que conocen la Astronomía, porque leen en el firmamento como en un libro abierto.

—Ya pué usté icilo, qu'es bien verdá—contestó el tío Sabirondo—. Lo mesmico leo yo allá arriba que el señor vicario pué leer su misal. A juerza de años que leo allí de corrido...

—¡Ah! : Pero usted conoce la Astronomía?

—Talcualicamente.

—¿Y la Astronomía y la Metereología?

—¿Y eso qué es, que no m'acuerdo en este instante?

—Pues, hombre, ¿sabiendo lo que es Astronomía, no sabe lo qué es eso?

—¡Ah, sí! Vamos, viene a ser igual, ¿eh? Tóo eso lo conozco yo lo mismo que le conozco a usted.

—¿Y cómo se arregla para leer en el cielo?

—Pus me tumbo en el campo, panza arriba, ya bien entradica la noche, y así voy formando letras. Miusté, la luna es la O mayúscula, las estrellas con rabo son las íes griegas y tóo así.

—Mucho talento tiene usted, tío Sabirondo— prosiguió el maestro, procurando contener la risa.

—Es que hi estudiao de todo.

—Hombre, de todo, no.

—Hi dicho de todo y lo ripito.

—Pero comprenda usted que hay muchas cosas modernas.

—Hasta lo más moderno que haiga.

—Por ejemplo, los rayos X, la radiografía...

—Los rayos y los truenos, y las centellas y hasta los relámpagos, tóo eso sé lo que es...

Pensó el otro ponerle en un aprieto y añadió:

—¿Se apuesta usted que no ha estudiado hidrofobia? Fíjese usted bien, hidrofobia. La hidrofobia es una ciencia nueva que casi se desconoce en nuestra patria.

—¿Quié usted juase que sí? ¡Anda, odrifabia! ¡Pus si la he cursao yo solico en España y he salido en ella sobresaliente!

En otra ocasión quiso lucirse con los chicos que salían de la escuela y les preguntó:

—¿A que denguno de vosotros sabe quién fué el gigante Goliat?

—Yo sí—gritó un arrapiezo—, porque me lo ha dicho mi padre, que lo vió en Barcelona. ¿Verdá usted que es el gigante aragonés?

—Calla, tontico, que no es ese.

—Pus será otro.

—Cuéntenos usted, cuéntenos, tío Sabirondo— gritaron todos—. ¿Quién fué ese gigantón?

—Pues uno que vivió hace más de cien años.

—¿Y s'ha muerto?

—El no se murió; lo mató David.

—¿Ese David sería también un gigante?

—¡Quiá! Si era un hombre muy chiquitico... y a más tocaba el arpa.

—¿Y qué es arpa, tío Sabirondo?

—Debe ser una cosa así... como la dulzaina.

—¿Y con la dulzaina mató al gigante?

—¡Quiá! Con un fusil. Tiraba mu bien. Mirad si tiraría bien, que le hicieron rey de Portugal.

—Entonces—objetó uno de los chicos—, también será rey mi padre algún día, porque también tira mu bien; siempre da.

—¡Cállate, borrico!

—¿Cómo que no? El otro día se enfado con mí y me tiró un piazo de pan en la cara y mire usted cómo me puso los morros. Porque jugaba yo en el barandao con la moña e mi hermanica...

—Oiga, tío Sabirondo—preguntó otro de los oyentes—, ¿y cómo era ese gigante de grande? ¿Sería como los que salen en Zaragoza pa el Pilar?

—Muchísimo más grande.

—¿Cómo cuánto?

—Tenía de alto más de media legua y cien varas de ancho, pué ser que más.

—Pus siendo tan mayor, ¿de cuántos tiros lo mataría el señor David?

—Del primero.

—¡No pué ser! ¡No pué ser!—gritaron a coro los chicos.

—¿Y por qué no, si sus he dicho que era un gran tirador?

—Porque—contestó el más despejado—no alcanzaría la bala tan alto.

—¡Coña! Chiquio, cuasi que tiés razón. Si, ahora m'acuerdo que tuvo que matalo en dos veces.

—¿Cómo hizo, cómo?

—La primera vez lo mató por las tripas, dándole un balazo en el vientre, y así que el pobre cayó a tierra, le dió otro tiro en la caeza pa matalo por la otra metá.

\* \* \*

Entra un baturro en un establecimiento en el preciso momento en que se desprende, de lo alto de la puerta, un rótulo que dice: "Precio fijo".

El pobre hombre se lleva las manos a la cabeza y fijándose en el objeto causante del chichón, exclama:

—¡Maña! ¡Pus si no llega a estas fijo me des cabeza!

\* \* \*

—¡Jesús, qué moradura lleva usted en ese ojo! ¿De qué es eso?

— 4 —

—De un puñetazo de mi hombre.

—¡Qué bruto! Alabado sea Dios... ¿Y por qué ha hecho eso?

—Porque ice que le vengo siempre corrompiendo con monestaciones. ¿No hi de molestarle, si tóos los días llegá a casa a las dos de la noche, goliendo a morapio?

—¿Y por eso le riñe usted? ¡Pobrecito! A las dos... eso es trempano.

—¡Pus, señor, bien! ¿A qué llama usted entonces tarde?

—A la hora que viene mi marido toas las noches, y yo no le digo nada nunca.

—¿A qué hora se retira?

—A las seis de la madrugada, u pué ser que más.

—¿Y tié usted valor pa consetilo?

—¡Qué hi de hacele! Pior sería que no viniera.

—¡Ya, ya! ¿Tendrá otra?

—¡Qué ha de tener!

—No, pus rezando no estará hasta tan tarde. Bien divertido que estará.

—Siempre cantando.

—¿Y aun lo ice usted?

—¿Y por qué no? ¡No ve que le han nombrau sereno!

\* \* \*

Durante un largo trayecto en ferrocarril llevaba la voz cantante un baturro que charraba por los codos, ensalzando la tierra y especialmente a la Pilarica y al Cristo de la Seo.

—Por lo visto es usted aragonés—le dijo uno de los viajeros.

— 5 —

El hombre lo negó y siguió en sus elogios de la patria chica.

Cuando llegó al término de su viaje, se apeó del coche y ya en tierra exclamó, después de las frases consiguientes de despedida:

—¡Moño! Sus advierto que, en efecto, soy aragonés, pero cuando viajo no lo digo, por no darme tono.

\* \* \*

—Tenga una perrica y me lleve en el macho.

—Güeno está; ya pués subir.

—Pero m'ha de llevar a escape.

—¡A escape y por una perrica! ¡Ya pués buscate otra caballería! ¿Crees que mi macho es un gatomóvil?

\* \* \*

—¿En qué número vive usted, tío Cosme?

Hombre... no podré icírtelo de seguro, porque si lo miro desde el balcón me paice el 6, y si lo miro dende la calle me paice el 9.

\* \* \*

—¿Sabes tú, historia?—preguntaba un sabio a un barquero con quien atravesaba el Ebro.

—No, señor.

—Pues has perdido una cuarta parte de tu vida. ¿Sabes filosofía?

—No, señor.

—Pues has perdido otra cuarta parte. ¿Y matemáticas?

—No, señor.

—¿Ni astronomía, ni botánica, ni arqueología? Pus di que has perdido las tres cuartas partes de tu vida.

En esto un remolino hace zozobrar el bote y van ambos al agua. Entonces, el barquero pregunta con sorna al sabio:

—¿Y usted, tío presumido, sabe nadar?

—No.

—Pues hágase cuenta de que ha perdido toa su vida.

\* \* \*

El tío Sartén va con su hijo a una trapería.

—¿Quié usté mercarme algo?—pregunta el industrial.

—¡Cómo no! A eso vengo.

—Pida por esa boca. De todo tenemos en esta casa.

—A ver, un trajecico pa éste.

—¿Pa el pequeño? Vamos a ver...

El traperero, después de revolver la tienda de un lado a otro, presenta al tío Sartén un terno que seguramente vendría holgado a un cabo de gastadores.

—Mentira paice—exclama aquél—que tenga usted tan mal ojo... ¿Por qué no usa usted anti-parras?

—¿Y eso? ¿Es que no es superior lo que le presento?

—¡Ridiela con el tío! Y aun s'atreve a venirme con pregunticas... ¿En qué cabeza cabe que

hi de mercarle al crío ese traje tan grande, si el probe es chiquitico?

—¡Otra! ¡Qué quié usté matalo este año como al tocino!

—¡Jesús, qué piazo e bruto! ¡Qué hi de matalo, hombre!

—Pus mérqueme, entonces, el traje, que no s'ha de hacer más grande, mientras que el chico ha de crecer con el tiempo.

## LA PRIMERA GUARDIA

En el reloj del cuerpo de guardia acaban de dar las doce de la noche.

El cabo y los soldados de "cuarto", sentados alrededor de un brasero, con el fusil colocado entre las piernas y la manta echada sobre los hombros, entretenían su aburrimiento dormitando con la mayor placidez.

Sus cabezas, que tal vez un pintor demasiado galante hubiese considerado dignas de estudio, inclinándose poco a poco sobre los respectivos pechos, parecían (y ya es capricho) querer llevar el compás del monótono tic-tac del reloj.

Allá en el fondo de la escena, arrimado al portalón del cuartel y tomando inhalaciones de aire frío, que se cuela bonitamente y sin pedir permiso por la tronera o mirilla, está el centineía apoyado en su fusil, recorriendo con la mirada mortecina por el sueño, la calleja estrecha y solitaria que se extiende delante de él.

Bisoño todavía, aquella es su primera guardia

nocturna, y mientras observa la calleja, desfilan por su obtusa imaginación de baturro, los consejos, voces y denominaciones militares aprendidos con improbo trabajo en la instrucción teórica y aplicables en la situación en que se halla.

Durante la media hora o poco más que lleva de servicio, han penetrado en el cuartel dos asistentes, un rebajado, un ordenanza de banderas y un sargento que tiene permiso del comandante mayor para retirarse dos horas después del toque de silencio.

A todos los ha reribido desde su atalaya como mandan los códigos de la milicia.

—¿Quién vive?

—¡España!

—¿Qué gente?

—¡Asistente!

—¡Cabo de guardia! ¡Asistente!

—¿Quién vive?

—¡España!

—¿Qué gente?

—¡Rebajado!

—¡Cabo de guardia! ¡Rebajado!

Sin embargo, esto es fácil, por ser siempre las mismas preguntas; no hay más que variar la frase final con arreglo a la personalidad, clase, destino o graduación del que llega; pero... en la mollera del pimpollo juegan a escondite las voces de mando artículos de las ordenanzas, relativos a los deberes y derechos de centinela, rondas mayores, rondines, e infinidad de procedimientos y triquiñuelas de guarnición.

El recuerdo fresco todavía de la tierra, el de la familia, el de la novia y otros mil, acuden a la memoria del maño, y arrullado por estos pensa-

mientos, menos preocupado por aquéllos, acostumbrado ya al frío de la noche que le azota el rostro, va cada vez cerrando más los ojos y abandonándose en brazos de Morfeo.

La ciudad de C., en cuyo único cuartel ocupado por un regimiento de infantería, tiene lugar este verídico relato, población antigua y atrasada en el ramo de policía urbana, está formada por un dedalo de callejuelas sucias, estrechas y tortuosas, mal alumbradas en las primeras horas de la noche y completamente a oscuras desde aquella que, según dijimos al principio, acababa de sonar en el reloj del cuerpo de guardia.

El coronel del ya citado regimiento, hombre ordenancista si los hay, nombrado por la plaza jefe de día en aquel de que nos ocupamos, deseoso de convencerse por él mismo de la perfección y disciplina con que los reclutas últimamente dados de alta de la instrucción desempeñaban el servicio de centinela, decidió recorrer después de la media noche y acompañado de un subordinado suyo, todos los cuerpos de guardia establecidos en el recinto de la plaza.

Con el natural y lícito deseo de no romperse el bautismo contra una esquina, se lanzaron ambos militares a la calle provistos de un pequeño farol encendido y con ayuda del mismo se dirigieron hacia el cuartel como puesto más próximo.

Al desembocar en la calle a cuyo final se levantaba aquel edificio, nuestro buen centinela dormía como una marmota, aguantándose de pie por un prodigio de equilibrio.

El coronel y su acompañante se acercaban poco a poco a la puerta del cuartel, algo escamados del prolongado silencio del centinela y hablando en

alta voz, según unos autores, sobre el salto del tapón, y según otros, de la caza del ruiseñor con reclamo.

Pocos pasos faltaban ya a los nocturnos visitantes para llegar al portalón, cuando el ordenancista coronel, que a la vista de tanta indisciplina comenzaba a rugir interiormente, arrancando el farolillo de manos de su subordinado adelantóse a éste, con el bastón de mando empuñado en la diestra y el farol a la siniestra y dispuesto a introducir ambos objetos por la boca del descuidado centinela.

Pero he aquí que éste se despierta de improviso y al divisar a través de la tronera un bulto que se viene hacia él provisto de un farol, exclama sobresaltado y pasando el cañón de su fusil por aquella abertura:

—¿Quién vive?

—¡España!—contesta el coronel deteniéndose a la vista del arma.

—¿Qué gente?—repite el centinela, siguiendo el reglamento.

—¡Jefe de día!

—¡Ala!—dice el baturro—. ¿Jefe de día y con farol? No mos la meterás. ¡Cabo de guardia, el sereno!

\* \* \*

Un grupo de reclutas discuten sobre las jerarquias y grados en la milicia.

—Oye, tú. ¿Cuál es la mayor dignidá del ejército?

—La de capitán general.

—¿Y dimpués?

—La de teniente general.

—¿Y dimpués?

—Dimpués vinén el general de división, el de brigada, el coronel, el comandante, el capitán y el teniente.

—Entonces, ¿cuando viene el ordenanza?

—Animal, esos siempre forman a la cola.

—¡Otra que maño! ¿Pus por qué cuando muere un jefe icen que le han hecho los honores de ordenanza?

\* \* \*

Los padres discuten el nombre que han de poner al nuevo vástago.

—Le pondremos Canuto—dice la esposa.

—¡Arrea allá!—exclama el marido—. ¿No ves que van a hacele la mosca?

—¡Otra! ¿Y por qué?

—¿Cómo vas a llamarle Canuto a un crío que paice un tocino de gordo?

\* \* \*

Un quinto, hijo de un poblado de mala muerte, del cual no había salido en su vida, entró en caja y al extenderle la filiación le preguntó el capitán:

—¿De dónde es usted?

—De Osera.

—¿De qué partido?

—De Osera.

—¿De qué provincia?

—De Osera.

Extrañado el capitán de estas respuestas, se le ocurrió preguntarle:

—¿De qué reino?

El quinto, rascándose la cabeza y mirando al techo, como si tratara de encontrar la respuesta entre las vigas:

—Miusté, si le paice, pué ponel tamién que de Osera.

\* \* \*

—¡Tío Blas!

—¿Qué hay, maño?

—¿Quié usté echar un trago?

—¡Otra qui Dios! ¡Venga el porrón!

El tío Blas lo empina y se queda medio dormido bebiendo.

—¡Qué le pareció!

—Mu güeno...

—Como que es d'Aguarón. Diga, tío Blas: ¿tié usté un duro pa prestármelo?

—Sólo, maño, que ma ensordao las orejas.

\* \* \*

Unos bañistas que habían terminado su temporada de aguas en los baños de Panticosa, decidieron hacer una excursión por los Pirineos.

Al llegar a cierto paraje el cochero—un moce-tón de Biescas—detiene las caballerías, y volviéndose hacia los viajeros, les dice:

—Dende aquí el camino no es practicable más

que pa las caballerías, conque hagan ustés el favor de bajar y continuar andando.

\* \* \*

—Tío Celipe, ¿cuál es el vino que más le gusta, el de Valdepeñas o el de Valdemoro?

—¡Rechoncho!, hombre, ni que decir tiene. El de Valdemoro, porque no está bautizao.

\* \* \*

—Siempre te encuentro escobando, Celipe. ¿Es que tu mujer no coge nunca la escoba?

—¡Masiau! Pero cuando la coge es pa dame de escobazos.

\* \* \*

—¡Maño!, chiquio: vaya un perrico el mío. Férgurate que esta mañana, mu temprano, he salío de casa sin que Quisquis me viese, y cuando ya tenía andao unas dos leguas ma alcanzau. ¡Vaya un olfato el de los animales! ¿Qué te parece?—

—Miá, que te des un güen fregao en tóo el cuerpo.

## LOS AMANTES DE TERUEL

Bien sabido es que los cuerpos momificados de los célebres amantes de Teruel, los tradicionales don Diego de Marcilla y de doña Isabel de Segura, se exhiben en una de las capillas de un templo de Teruel.

Allí, previo billete que se expende en el Ayuntamiento y se entrega al sacristán, todos los fo-

rasteros van a contemplar los despojos de quienes un día fueron modelos de amor y de fidelidad.

El tío Mantecas, un escéptico de Mosqueruela, que por no creer en nada no cree ni aun en su gordura, fué una vez a Teruel, y después de echar un pienso en la posada a su caballería, se encaminó a la iglesia a ver las momias.

—¿Y esas han sido personas?—preguntó al cicerone.

—Como usted y como yo.

—¡Cuerno; eso no! Nosotros estamos más llenicos. Esos me paice a mí que no han tuvido carnes. Son de güesos puestos como libros de la iglesia de mi pueblo; amos, que esos son güesicos con pergamino.

—No diga usted eso. Bien se ve que no ha leído el drama de Hartzzenbusch.

—¿Ese sería algún judío?

—Era cristiano y poeta.

—Pus tenía un nombre enrevesau. Hacen... Bu... ¡Jesús, qué cosas de icir! Pa mí que tampoco jué un hombre como los otros.

—¡Muy descreído es usted!

—¡Je, je! Me río yo... Soy como sey y no me entiendo. Si jué hacer caso de tóo lo que se charra... Apostaría doble contra sencillo, a que esos esqueléticos los han mercau ustedes en un ferial pa sacarnos los cuartos a los foranos.

—Los veinte céntimos que cuesta el billete son para sufragar la urna en que los han depositado.

—¿Pa que no tengan frío, eh? ¡Me chiflo en Miriñaque! Como si los muertos necesitaran calor... No morirán de cornada e burro. Los vivos semos los que himos de cuidarnos. Y dígame usté: ¿Quién es el hombre y cuál es la mujer? Los

dos llevan esa miajica e camisa... Pus si no se distinguen... Miá que tuvo talento el que los tapó... En Mosqueruela ya le habrían echau una multa al amante por ir vestido como la amante. Eso es una inmoralidá. En nada nos himos los hombres de confundir con las hembras. ¿Y no hay más que ver aquí?

—Nada más.

—¡Pus, señor, bien! ¡Miá qué cosa! Yo me pensaba que tendría tornillos pa moverse u que habría drento d'ellos una máquina de esas que hablan, de esas que icen frontonagrafo. Ya te digo yo que con bien poquica cosa te sacan las perricas en las zudiales. Al primer burro que se me muera le meto drento esa maquinica que hi dicho y lo forro con pergamino nuevo.

—¿Para qué?

—¡Me chiflo en Inglaterra! ¿Y aún me lo pregunta? Pa enseñáselo a las gentes y cobralas. Echaré un pregón diciendo que el amante de Mosqueruela es más amante que denguno, y más burro y con mejor pergamino que tóos los demás amantes, y ya ha de ver usté que de todos los laus del mundo han de venir a ver al burro muerto que habla.

—¡Me chiflo en París de Francia! Ahura mesmo me voy a ver a un memorialista que me escriba cosas como las que escribió ese señor Hacén Bu... que m'ha nombrau usté, y dos meses dimpués de moríseme el burro no va a caber la gente que venga de estrangis en Mosqueruela. Como que pué que tengamos que hacer el puebío hasta más grande v hasta pué que tengamos que ha-cele puerto de mar.

T. 828534

R. 139564

OB. 3621344

F507A. F-211

300

Editorial Bruguera · Proyecto, 2 · T. 82981 · Barcelona

PAPELERÍA "LA HISPANO"  
BAILÉN, 109  
TELÉF. 72042  
BARCELONA

25 CENTIMOS